

## Dos generaciones

Ella se montaba en el autobús todos los días para ir a la Universidad. Como era lógico, en cuatro años que llevaba en la carrera, había visto millones de historias dentro, algunas preciosas y otras no tanto, algunas breves y otras demasiado intensas. Pero hubo una que la marcó directamente...

Un día cualquiera, como de costumbre, picó con su tarjeta, buscó asiento y se puso sus auriculares. Y de nuevo vio algo que le llamó la atención, la presencia de dos personas sentadas en el mismo asiento al lado del conductor, una presencia que empezaba a ser habitual, y que sin saber por qué, le sacaba siempre una sonrisa. Tanto empezaba toda esta historia a clavarse en su interior, que el día que no los veía ahí sentados, se extrañaba, e incluso asomaba en su rostro un leve gesto de tristeza.

Estas dos personas parecían ser padre e hijo, ya que era evidente su diferencia de edad. El padre, de avanzada edad, tenía aspecto serio y llevaba una pequeña gorra campera de entretiempo acorde con su vestimenta, siempre clásica y muy cuidada. El chico, por el contrario, desprendía un aspecto juvenil, se le veía siempre inquieto, ocupaba el asiento junto a la ventana, tenía gafas y llevaba siempre consigo un cuaderno en la mano, que le servía para taparse la cara cuando el sol atravesaba lentamente los cristales del autobús.

La chica los observaba sigilosamente desde su asiento todos los días que podía. Le gustaba mucho mirarlos, le transmitía una extraña, pero agradable paz interior, incluso había dejado de escuchar su música, para que no hubiera nada que la sacara de su burbuja de encanto. Disfrutaba observándolos, a

pesar de que ellos jamás intercambiaron una sola palabra con ella. A decir verdad, ni siquiera hablaban entre ellos, se limitaban a estar sentados uno al lado del otro y a disfrutar del viaje y sus paisajes. Parecían relajados, alegres y era evidente que la presencia de uno tranquilizaba al otro, y viceversa.

Nunca los veía bajarse en ninguna parada. Lo sabía con seguridad, porque ella siempre se bajaba en la última parada de aquella línea y nunca se bajaban del autobús. Siempre estaban ya instalados cuando ella se montaba, pero nunca los vio bajarse. Con el tiempo, se enteró de que no se bajaban porque no tenían parada de destino, simplemente subían al autobús por el paseo, llegaban a la última parada, volvían a picar el billete de vuelta y ahí continuaban.

Este simple hecho la fascinó tanto, que empezó a comentárselo a familiares y amigos.

Pero nadie de su entorno la entendía, ni comprendía qué tan maravilloso era este paseo en bus de padre e hijo. Conmovida por la mente tan cerrada de sus allegados, finalmente se guardó su historia para sí.

Si hubieran sabido que el hijo tenía síndrome de Down, rondaba los treinta años, y este viaje en bus era su única felicidad diaria, quizás la entenderían.

Sólo se trataba de dos generaciones, viviendo.

**Seudónimo: Linda**